

V Domingo de Cuaresma (A) y Fiesta del Tránsito de San Benito
Talavera de la Reina, sábado 21 de marzo de 2026
900.º aniversario del traslado del Monasterio de San Benito
a Talavera de la Reina

Lecturas: Ezequiel 37,12-14; Romanos 8,8-11; Juan 11,1...45

«Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestra tierra y comprenderéis que yo, el Señor, lo digo y lo hago.» (Ez 37,14)

Estas palabras del profeta Ezequiel describen lo que ocurre cuando el Señor llama a una persona o a una comunidad a establecerse en un lugar, tal y como sucedió hace 900 años, cuando una comunidad de monjas se trasladó a este lugar, dentro de las murallas de Talavera de la Reina. Se puede decir que Dios actúa siempre como un jardinero que traslada una frágil plantita de un terreno inhóspito a una tierra fértil. En la imagen de Ezequiel, el traslado del pueblo es incluso de la tumba a la vida, de una tierra de muerte a una tierra fértil. Es decir, es un traslado pascual, de la muerte a la vida, una verdadera resurrección.

Solo Dios puede llevar a cabo este paso. Nunca está en poder del hombre pasar de la muerte a la vida. El hombre sabe y puede pasar de la vida a la muerte, pero nunca puede pasar de la muerte a la vida. Todo hombre pasa naturalmente de la vida a la muerte, y este es el drama de toda vida humana, pero también de toda comunidad u obra. Todos vivimos deslizándonos hacia la muerte. Y vemos en la historia de la humanidad, y de manera trágicamente evidente en la época en que vivimos, que quien quiere dominar el mundo lo hace aprovechando esta triste tendencia a pasar de la vida a la muerte, acelerándola para los demás, con la violencia diabólica del odio, de la guerra, de la opresión de los más débiles e indefensos.

¿Qué se puede oponer a esta tendencia, a este descenso general de la humanidad de la vida hacia la muerte?

Ezequiel, san Pablo y el mismo Jesús, en las lecturas de este quinto domingo de Cuaresma, nos anuncian que el paso de la muerte a la vida, la resurrección, la inversión humanamente imposible de la tendencia que hace que todos y todo se deslicen de la vida hacia la muerte, todo esto se ha hecho posible, todo esto ha acontecido y puede acontecer siempre porque el Único que podía obrarlo así lo quiso y lo realizó por nosotros. Como Dios lo promete con firmeza en el pasaje de Ezequiel: «Lo digo y lo hago».

Solo Dios puede prometer y realizar la resurrección de lo que humanamente es mortal. Lo promete con una palabra y lo hace con una fuerza que coincide con su Espíritu. «Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis», anuncia Ezequiel. Y san Pablo anuncia a los Romanos: «Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús también dará vida a vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros.» (Rm 8,11)

Pero el Evangelio de la resurrección de Lázaro nos anuncia y nos muestra que este paso imposible de la muerte a la vida no está reservado únicamente a la vida eterna que se nos concederá tras la muerte. En ello ya se creía antes de Cristo, tal y como expresa Marta al hablar con Jesús: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día.» (Jn 11,24)

Pero esto, en el fondo, no nos basta, no basta al corazón del hombre, no basta a nuestro amor por la vida, no basta al amor por nuestros seres queridos, no basta al deseo de vida eterna que llevamos misteriosamente en el corazón. No nos basta saber que resucitaremos después de la muerte, porque toda la vida está siempre como amenazada por la muerte, por la desaparición de las cosas, por el desprendimiento de quienes amamos. La vida humana sufre por su mortalidad; sufre por una tendencia a la muerte que no se limita al final de la vida, sino que impregna la vida, se insinúa en cada momento y aspecto de la vida. Como le preguntaba a su madre una niña de 12 años al volver de visitar a su abuelo moribundo: «¿Para qué hay que ir al colegio y trabajar, si luego hay que morir?». Tenía razón en preguntarse eso. ¿Qué sentido tiene la vida si la muerte se cierne sobre todos y sobre todo?

Sí, todos necesitamos una resurrección que nos haga pasar de la muerte a la vida *dentro de nuestra propia vida*, no solo después de la muerte. Necesitamos a alguien que nos permita contrarrestar la mortalidad de nuestra vida para poder vivir de verdad. Necesitamos a alguien *que resucite nuestra vida*.

Solo Cristo es esto, solo Cristo da esto a la vida humana.

Jesús le anuncia esto a Marta con una sencillez sobrecogedora, como si estuviera hablando de una evidencia obvia, simple, que hasta un niño entendería: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre.» (Jn 11,25-26)

De hecho, cuando Jesús se dirige inmediatamente a Marta preguntándole: «¿Crees esto?», Marta responde sin vacilar: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.» (Jn 11,27)

No es que Marta lo entienda todo, ¡ni mucho menos! Pero comprende desde lo más profundo de su humanidad herida por el dolor que, si el corazón desea esta resurrección en la vida, si el corazón se siente hecho para ello, no es posible que no sea posible, que esta resurrección no sea realidad, que el Misterio que nos ha creado no nos regale precisamente esto.

Y, sobre todo, Marta conoce el amor de Jesús, sabe cuánto la ama a ella, a su hermana y a Lázaro, e intuye que de este amor puede esperar lo imposible.

En esta fe, Marta es como si se encontrara con Jesús precisamente allí donde Él viene a salvar al mundo, porque lo encuentra en el corazón de la compasión de Dios por toda la humanidad.

“Jesús, viéndola llorar a ella y viendo llorar a los judíos que la acompañaban, se conmovió en su espíritu, se estremeció y preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado?». Le contestaron: «Señor, ven a verlo». Jesús se echó a llorar.” (Jn 11,33-35)

Dios se conmueve hasta el llanto por la condición humana, siempre herida y amenazada por la muerte. Por eso viene, por eso se hizo hombre, por eso vino y habitó entre nosotros; por eso quiso morir Él mismo: tuvo compasión de la vida humana, impotente ante la muerte.

Al resucitar a Lázaro y devolverlo al cariño de sus hermanas, Jesús realizó un gesto en el que mostró lo que vino a traernos, la gracia que su presencia aporta a nuestra vida: *la resurrección, la victoria sobre la muerte en medio de la vida.*

Si Él es en persona la resurrección y la vida, su presencia, su amistad es la fuente inagotable de la vida eterna que se nos da a vivir precisamente en el corazón de nuestra mortalidad, precisamente dentro de la vida que naturalmente va hacia la muerte. Si Él está aquí, ya no es esta tendencia la que nos define, la que sofoca la vida. Ahora, en la vida hay una vida más grande que la vida y más fuerte que la muerte, que toda muerte, que todo desvanecimiento de la vida en nosotros y entre nosotros. Ahora, en medio de nuestra vida está la Resurrección de Cristo, que ha vencido y vence toda muerte, todo pecado, toda falta de amor.

¿Por qué existe la comunidad cristiana? ¿Por qué existe una comunidad de monjas? ¿Por qué, desde hace 900 años, a la sombra de las antiguas murallas de Talavera de la Reina, existe esta comunidad cisterciense? ¿Qué sentido tiene tal presencia? ¿Tiene sentido que exista, sobre todo si tal vez se vuelve pequeña, anciana, frágil? ¿Tiene sentido esta presencia si parece encaminarse hacia la muerte, como tantas comunidades religiosas hoy en día?

El único sentido de esta presencia es la resurrección, la victoria de la vida sobre la muerte que Cristo nos da al morir y resucitar por nosotros.

¿Tiene sentido la presencia de una comunidad cuyo único sentido sea este? Pero, ¿qué otro sentido puede tener la vida de todos, la vida del mundo, la vida de una ciudad, la vida de un pueblo, la vida de toda la humanidad, si no es la resurrección en Cristo? Si el sentido de la vida no es la resurrección, al mundo no le queda más que el destino sin sentido de la muerte.

En el vaso de barro de este pequeño monasterio, de esta frágil comunidad, como en la casa de Marta, María y Lázaro, es acogido y habita como amigo cotidiano y familiar el tesoro más precioso para toda la humanidad: Jesucristo, la Resurrección y la Vida de toda vida, de todo corazón, de toda comunidad, del mundo entero.

¿Cómo no estar agradecidos a Dios y a nuestras hermanas por este don tan inmenso, acogido con humilde y paciente fidelidad desde hace 900 años? ¿Cómo no estar agradecidos por una comunidad que, desde hace tantos siglos, cada día, trata de obedecer la prescripción que resume el carisma y la regla de san Benito: «¡Que no prefieran absolutamente nada a Cristo; que Él nos conduzca a todos juntos a la vida eterna!» (RB 72,11-12)?

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist*